

4 - Massif des Monedieres: Affieux y la antigua Treignac, horizontes en el Suc du May, aldeas de Chaumeil y Darnets. En Millevaches: la pintoresca Meymac, el Lac Séchemailles y el Mont Bessou.

AFFIEUX



En Uzerche pasé el atardecer leyendo a las orillas de La Vézère. El cielo, color plomizo, dio paso a la lluvia nocturna y la tormenta dejó el aire mucho más limpio a la mañana siguiente. Las nubes huyeron para dejar un cielo azul brillante y un sol que resplandecía sobre la tierra.





Continué remontando La Vézère hacía el norte siguiendo una camino serpenteante que subía y bajaba entre colinas boscosas y verdes valles. Admiraba aquellas vetustas granjas o pequeños pueblos con antiguas iglesias aguantando los siglos rodeados de campos, donde los tractores avanzaban lentamente por los sembrados y las vacas pastaban a un ritmo constante.

A 2 km de Treignac emergió este hermoso lugar lleno de colorido, de belleza serena y tranquila. Paseando por sus pocas calles, y adentrándome en los recovecos de un mundo aun casi virgen, descubrí un patrimonio de hábitat rural aposentado en sus casas de piedra, en su entorno natural extraordinario y próximo al río Vézère con sus fuentes floreadas y sus setos rectangulares en las zonas ajardinadas.

El castillo del s.17, estaba a la vista con su silueta marrón y sus vistosas torres recortadas contra el brillo del cielo azul. La sencilla iglesia de "Saint Pardoux", con su macizo campanario cuadrado y su clásico estilo de la región, asentada sobre un verde recortado y ofreciendo una bonita imagen de Castillo e Iglesia. Entre sus pocas casas se advertía la antigua estación de tren "Paris-Orléans-Corrèze", actualmente restaurada y utilizada como vivienda.







TREIGNAC



El día era magnífico, con el cielo convertido en un campo infinito de azul brillante. Treignac, una pequeña, cálida y hermosa ciudad medieval enclavada en un meandro de las gargantas del Vézère, apareció ubicada en una hermosa región. El Massif des Monédières y el parque natural de Millevaches, lugares por los que continuare el resto del relato.

Partiendo de la oficina de turismo, un circuito señalizado me llevó a través de su patrimonio recorriendo las calles serpenteantes de la ciudad alta. Caminaba rodeado de antiguas residencias con torreones, entramados de madera, fuentes y el mercado medieval de cereales del s.12. Junto al mercado se hallaba la Capilla Notre-Dame de la Paix y su elegante campanario retorcido, cuya sorprendente forma le ha valido la distinción de ser catalogado como uno de los mejores campanarios "torcidos" de Europa. Esta Capilla era la parada popular para los peregrinos en su camino a Rocamadour, ya que Treignac está situada en uno de los caminos a Compostela. Los peregrinos eran acogidos en las casas marcadas con la concha de vieira.



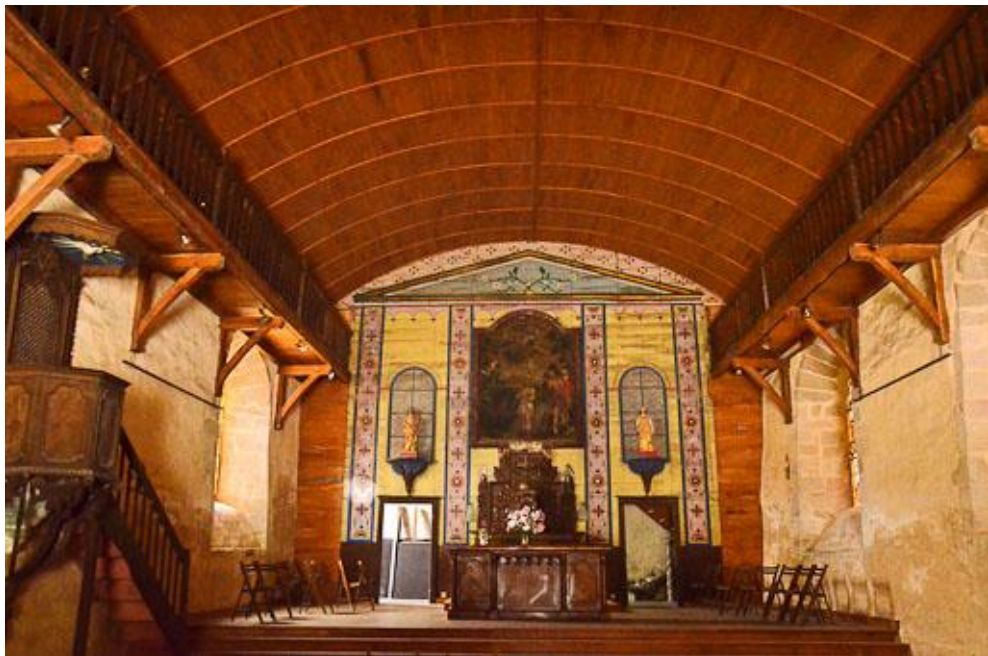




El paseo me llevó a la capilla de los Penitentes del s.13, en plaza de la Republica, y su torre "Belvédère" del s.15. Por unas angostas escaleras de caracol llegué a una atalaya, desde donde alcancé a admirar el panorama del casco antiguo con sus tejados de pizarra y sus alrededores.

La visita continuaba por la ciudad baja. Tras pasar la puerta "Chabirande" del s.13, único recuerdo que queda de su pasado fortificado, llegué a una calle de antiguas casa llenas de encanto y rodeadas por un tranquilo entorno con pintorescas esquinas y la iglesia gótica de Notre Dame des Bans. Estrechas callejuelas me condujeron a las orillas del Vézère, donde me esperaba una hermosa vista del antiguo puente del s.13 y la belleza de los alrededores, un variopinto de casas de piedra que eran un testimonio de la vida cotidiana del pasado. A la atmosfera serena, perfumada y silenciosa del lugar, se sumaba el suave rumor del agua en las piedras roídas por la corriente y el tiempo.













El día languidecía apacible, rutinario. El cielo se tornó cárdeno sobre los tejados de las casas y la luz crepuscular alargaba y extendía las sombras. Me fui a un parquin, junto al río, donde por la noche reinaba la tranquilidad.

Hacia el año 1000, se construyó un castillo en un meandro de la Vézère. En 1284 Treignac ya era una ciudad libre y fue entonces cuando se creó la ciudad amurallada. Esta fortaleza, de los poderosos señores de Comborn y más tarde de los Pompadour, fue completamente destruida durante la Revolución Francesa. Aún hoy, a los peregrinos que se dirigen a Rocamadour les gusta detenerse en Treignac, y pasar la noche en las casas rurales.













SUC AU MAY



Aquel era uno de esos días abrasadores desde el amanecer, no corría ni una gota de aire, regresé a Treignac a recibir la nueva luz. Siempre me ha parecido fascinante cómo el cambio de sol renueva las impresiones de un mismo lugar. Hoy empezaría un recorrido por las zonas naturales y frondosas del Massif des Monedieres y el Parc Naturel de Millevaches entre pueblos, ríos, gargantas, presas y playas que me conducirían de vuelta al inicio de viaje, el gran Dordogne.

Ante mi la carretera se ondulaba y sumergía, entre manchas de luz y sombras, por sombrías arboledas. Al cabo de un rato el camino empezó a ascender por laderas boscosas que me llevaron al Col du Bos y a los campos abiertos, donde el bosque daba paso a las llanuras con vistas extendidas sobre un magnifico paisaje. Desde el parquin el camino continuó a pie por un hermoso escenario de montaña en una atmosfera pura y a mi alrededor crecían en abundancia la flores silvestres. Hacía calor y el aire olía a resina.





En cinco minutos llegué a la tabla de orientación del Suc au May. A lo lejos una línea de colinas boscosas parecían fundirse con la iluminada llanura. Hacia otro lado una hilera de montes bajos desplegaban sus curvas por el horizonte y mas allá, al fondo del todo, los montes suavizados y emborronados por la distancia como si pudiera tirarme toda la vida caminando hacia ellos y estos no pararan de alejarse y alejase. Desde su mesa de orientación, la segunda cima más alta del macizo, el increíble puy del Suc au May (Suc significa "cumbre" en occitano), ofrecía una magnífica panorámica de Les Monédières formando una serie de protuberancias, abriéndose al norte la meseta de Millevaches y al Este los montes de Auvernia con los relieves de Monts Dôme, Monts Dore y del Cantal. Unos bellos recuerdos de otro viaje anterior.

Con una superficie de cerca de 60 km², el macizo de Les Monédières es una de las siete entidades paisajísticas vinculadas al Parque Natural Regional de Millevaches en Lemosín. Este territorio granítico preservado se encuentra en los contrafuertes del Macizo Central, al suroeste de la famosa meseta de Millevaches. Sus landas secas forman parte de la red natural excepcional con una vegetación típica de las planicies compuesta de brezo, retama, arándanos y otras flores que otorgaban al lugar de mil matices.



CHAUMEIL



Del Col du Bos bajaba por una carretera rodeada de pinos que daban sombra al asfalto con sus copas verdes. Eran pasadas las 14 horas, el aire era cada vez más cálido a pesar de las sombras de los árboles, y brotó el pequeño Chaumeil dominando el valle de Douyge y en la misma ladera del Suc au May, rodeado de campos frondosos. Siendo la primera impresión de que el tiempo se había detenido en ese lugar.

La luz se derramaba sobre los tejados de pizarra de fuerte inclinación, sus fachadas con piedra labrada de granito rosa y construidas según el modelo tradicional típico del macizo de Monédières, creando una atmosfera bonita, autentica y amigable. El nombre de Chaumeil recuerda a los anteriores tejados de paja.





La iglesia de Saint-Jacques le Majeur et Saint-Laurent, se erigía orgullosa ocupando gran parte de la plaza principal y del pueblo, con un espléndido pórtico gótico cuyas partes más antiguas datan de los s.13 y 14.

Fuera brillaba fuerte el sol así que me costó acostumbrar la vista cuando entré en su interior oscuro, con tan solo la luz que entraba por unos ventanucos altos. Allí se exponían numerosos objetos de culto, como estatuas de madera, dos vírgenes de piedra policromada de finales de la Edad Media y su altar con un retablo del s.17.

Y allí sentado, en el parquin comiendo bajo el fuerte sol, la vista se abría al valle de Douyge y ofrecía una panorámica despejada del color verde de las montañas, colinas boscosas y de los "Puys" circundantes.



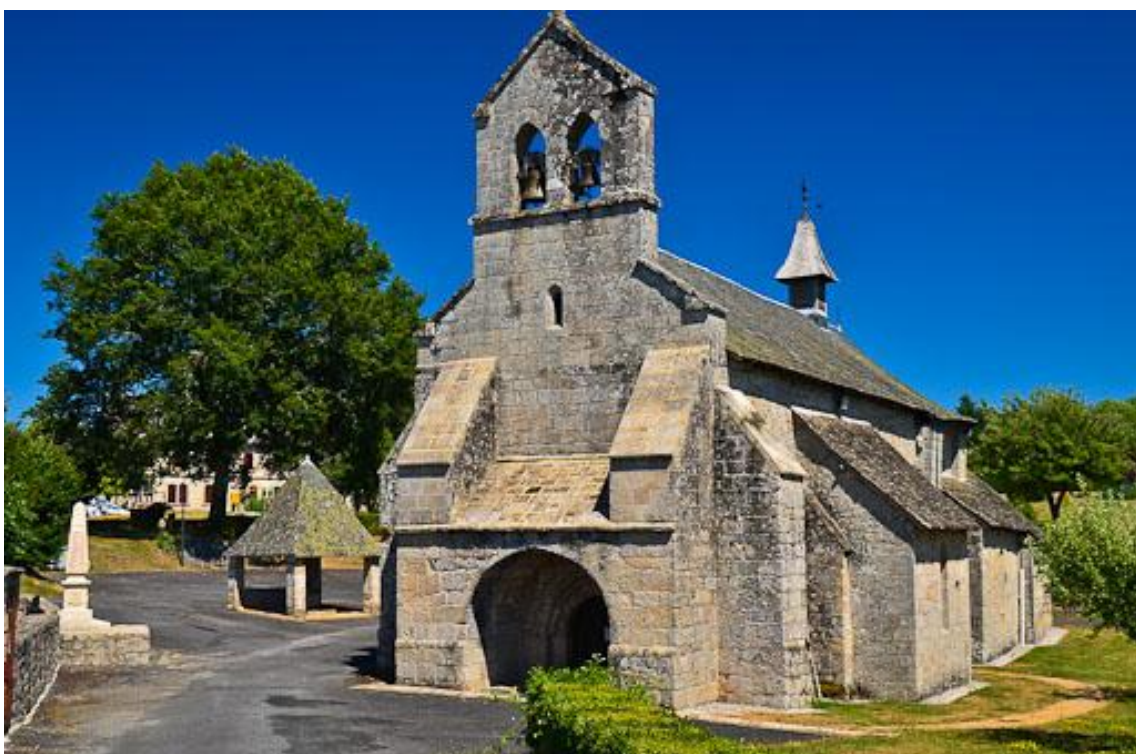


DARNETS



La tarde aumentó el calor, parecía que las colinas boscosas absorbieran el calor. Pequeñas carreteras ondulaban, se hundían o subían entre los despoblados de sombríos bosques en el corazón del Macizo de Monédières; minúsculos pueblos o granjas yacen diseminados por el paisaje, aislados, melancólicos, silenciosos. Resultó un desafío llegar a Darnet.

Construido en parte en la depresión de un valle, descubrí este bonito pueblecito del Haute Corrèze con edificios muy bellos y en un entorno particularmente agradable.





El pueblo se hallaba muy desperdigado con tan solo unas pocas casas que se agrupaban alrededor de su iglesia. Paseando por silenciosas calles, observé las recias paredes de piedra con los tejados de piedra o pizarra de mucha inclinación y las ventanas de madera.

Me pareció de hecho un pueblo de gran homogeneidad y que conserva muchos otros elementos de aspecto arcaico contruidos por aquellos mismos campesinos y aldeanos que aun hoy, sus descendientes viven su vida cotidiana, negocian y trabajan. La Iglesia de San Martín de Tour-et-Saint-Maurice tiene una arquitectura variada, con una mezcla de arte románico y gótico, por su posteriores trasformaciones. La decoración está marcada por la influencia de los señores locales y de la burguesía.





MEYMAC



Evitaba las grandes carreteras y las vías, que recorrían las colinas de los alrededores, permanecían vacías de vehículos. Conducía campo a través rebasando pueblos desiertos y el sol del verano les daba a los verdes de los campos un resplandor imposible y mítico, transformando las carreteras secundarias en caminos encharcados de luz.

La belleza de Meymac apareció cuando bajando por una colina descubrí la ciudad, en un gran anfiteatro de verdor a las puertas de la meseta de Millevaches, revelando su estilo montañés de tejados inclinados de pizarra y sus piedras de granito. El sol brillaba con fuerza y el sol de la tarde había creado un hermoso efecto de luces y sombras en aquella esquina de la plaza donde se ubicaba la antigua Abadía de St Andre.







Me dejé llevar por la ciudad, aletargada por el sofocante calor seco de la hora de la tarde, en medio de pintorescas calles que rodeaban la Abadía de St André en la ciudad baja. El centro de la ciudad conserva muchas huellas de su antiguo pasado y el descubrimiento de sus calles escondía sorpresas de aquel pasado: el mercado del s.16, el Hôtel-Dieu del s.17, el Château des Moines Larose decorado con torreones, le Hôtel des Ducs de Ventadour y numerosos pasajes con casonas burguesas de tejados de pizarra azul.

Tras recorrer el mágico centro de la ciudad vieja emprendí la subida en dirección a la Tour de L'Horloge, que fue la torre de la puerta del castillo. Este recorrido se extendía por pintorescas y estrechas calles de la ciudad alta, con numerosos pórticos esculpidos del s.15 y 16, torreones con techos cónicos y la monumental fuente de piedra de Volvic (cantera de piedra característica de Auvernia).







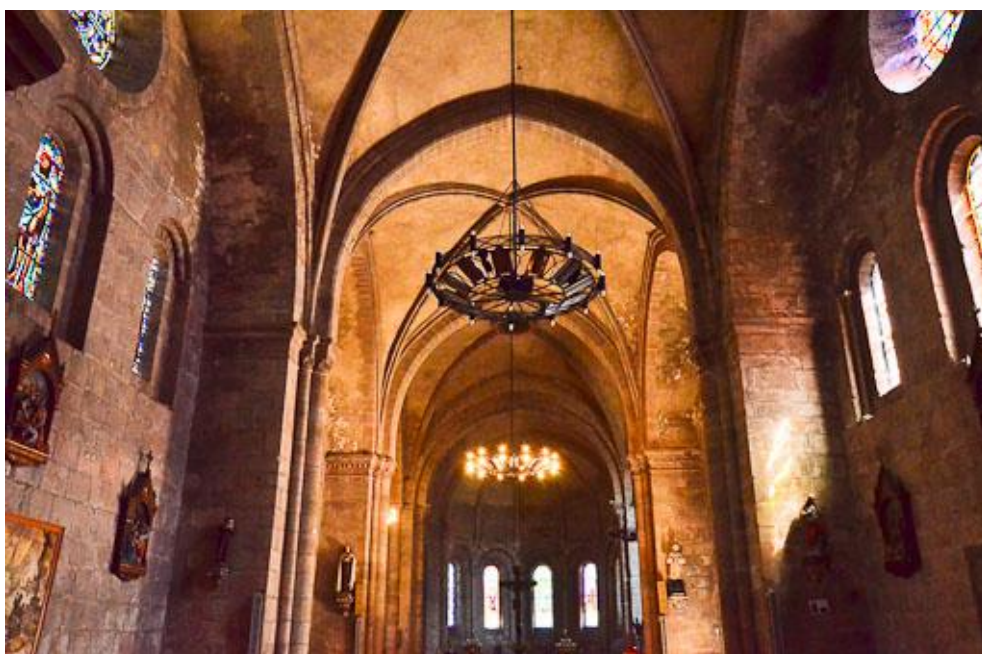


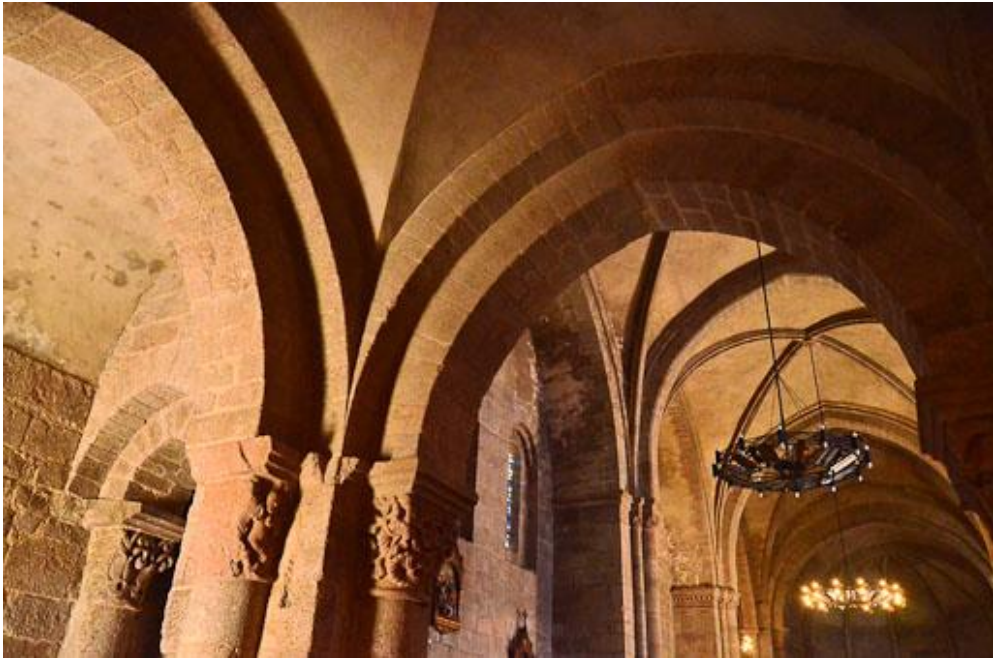


La bellísima iglesia abacial románica de St André, que reinaba desde hacía cinco siglos en la parte baja de la ciudad, está flanqueada por un notable portal ceñido por dos arcadas del estilo del limousin . El sol brillaba con fuerza sobre el gris de sus piedras y la arcaica decoración de los capiteles de la entrada. El templo, con sus elegantes arcos y columnas, estaba en penumbra e iluminado por altos y estrechos ventanales decorados de vidrieras, olía a piedra, madera, cera quemada e incienso. Su interior albergaba, entre otras cosas, una Virgen Negra del s.12 y un bonito órgano barroco.

Puerta sur del Parque Natural Regional de Millepains y construida al pie del Mont Bessou (a 1.000 metros de altitud en lo alto de la torre), la ciudad también ofrece un marco notable de vida en torno a la naturaleza conservada: el lago de Sèchemailles y numerosas rutas de senderismo que permiten descubrir bosques, ríos, praderas y panoramas.

Pasaron las horas, el sol se cruzó de Este a Oeste y con la tarde el bochorno aumentó con un aire caliente. En busca de un poco de frescor marché al lago Sechemailles, a dos kilómetros, y lugar donde pasaría la noche.







LAC SECHEMAILLES



El sol brillaba con fuerza y hacía mucho calor. Después de descubrir las entrañas de Meymac conduje dos kilómetros hasta llegar a un enclave natural muy bien conservado y en una espaciosa llanura de agua que fulguraba bajo el sol, era el lac de Sechemailles. El panorama era una amplia y vasta extensión cercada por un agua radiante y verduscas frondosidades.

Pasada la zona playera y de actividades deportivas, había un sendero sinuoso y una arboleda que recorría la orilla bajo el sol de última hora de la tarde. Un lugar donde detenerse, sentir el frescor del agua, la delicada fragancia de la naturaleza y la hermosura del entorno con una sensación apacible y de calma total. Caminé con tranquilidad por el paseo, buscando la sombra entre los árboles y la vegetación fresca que rodeaba el lago, con una mirada encantadora a las campos de césped brillante, los densos bosques, pájaros en los setos y mariposas entre las flores silvestres.







Todo tenía el aspecto de un hermoso atardecer de finales de Julio, esos atardeceres cálidos que se dilatan y se dilatan coloreando el azul del profundo lago con matices rosáceos. Sentado en un banco, alejado de los turistas en el que leer con cierta tranquilidad, observaba como el sol del ocaso trazaba dibujos cambiantes.

Ahí, junto al lago, por la noche gobernaba la calma. El centro de ocio estaba cerrado, las aguas acariciaban la ribera con serenidad bajo un cielo negro donde se iban afirmando despacio las estrellas. El lago despedía un brillo de color blanco plateado a la luz de la luna y escuchaba los sonidos de los grillos y cantos de aves nocturnas.





MONT BESSOU



A la mañana me desperté con los primeros gorjeos de los pájaros y los berridos de las reses, que parecían alcanzar kilómetros. El bosque se elevaba por la montaña formando una fuerte pendiente, por la que una pequeña carretera asfaltada me guió a la cima del cercano Mont Bessou, donde un apagado cielo blanquecino se perfilaba sobre una torre similar a un andamiaaje. Descansaba sobre la ladera de la montaña, y en terreno herboso, junto a un parque municipal con mesas de picnic y tableros de interpretación.

Entré en la moderna torre y remonté la escalera que llevaba a la cúspide equipada con una mesa de orientación en la terraza y unas vistas magnificas. Más allá de los arboles se podía apreciar las grandes extensiones que brindaban las verdes llanuras y campos donde las montañas de Auvernia parecían nacer de la nada y cuyas pendientes ascendían con toda su bravura imponiéndose en la distancia. El Mont Bessou, con una altitud de 976 metros, y que con la torre alcanza los 1000 metros, es el más elevado de la meseta de Millevaches.



